

UNA OPINIÓN SOBRE LO DURABLE Y LO PASAJERO EN CHILE HOY*

ARTURO FONTAINE ALDUNATE**

Voy a dar una simple opinión que pueda servir de pauta para un debate sobre nuestra realidad.

Empezaré por imaginar algún rasgo distintivo del hombre chileno, de nuestro hombre común, tal como podemos evocarlo a través de nuestra memoria histórica.

Elijo la capacidad y voluntad de resistencia. El territorio chileno abrigó sólo a grupos de resistentes. Desde los más remotos tiempos, hubo asentamientos humanos en las alturas semidesérticas de los Andes y hubo pescadores en las aguas frías de los fiordos australes. Aquí la gente cazó, pescó, navegó, labró y vivió en condiciones de dificultad e inseguridad extremas. El clima en gran parte del territorio está lejos de ser benévolo; el mar —llamado gentilmente Pacífico— aportó furiosas tempestades y el subsuelo sometió los poblados al azote periódico de los terremotos.

La amenaza que no cumplían los elementos se encarnaba en la guerra. El territorio estuvo poblado desde siglos por gente de guerra, gente de lanza y cuchillo, alertada por la atracción de vencer y humillar al enemigo, beberle la sangre y saquearle las pertenencias contando entre ellas las mujeres.

Los españoles que lograron asentarse en tierra chilena fueron también mesnadas de resistentes. Los que no sucumbieron al frío de los Andes como

* Ponencia presentada al Ciclo de Conferencias "Chile, pensando un país con objetivos permanentes", organizado por el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile entre el 1 de agosto y el 5 de diciembre de 1991.

** Abogado y periodista. Ex director del diario El Mercurio y Ex Embajador en la República Argentina. Premio Nacional de Periodismo. Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile.

alguna gente de Almagro o los que soportaron el hambre y el frío sin correr la suerte de los pobladores de Rey Felipe y Nombre de Jesús, en el helado Estrecho. Los que en fin no cayeron en los terremotos ni perecieron en los ataques fulminantes de los indígenas.

Fueron indios y mestizos resistentes los que extrajeron oro de los lavaderos y poco más tarde chilenos robustos los que araron la dura y dispareja tierra de las primeras haciendas y labraron con sus hombros y brazos los minerales de plata, de salitre, de carbón. Fue un pueblo situado en el límite de su resistencia el que sacó las riquezas de este suelo.

Mujeres y niños resistentes pasaron por los años angustiosos de la guerra de Arauco. Y la población entera soportó inclemencias y pobreza constantes durante el periodo indiano. El país afrontó los largos siglos de la guerra de Arauco iniciada en 1541 y acabada hacia 1882. Durante el siglo XIX se sucedieron las guerras a razón de una por cada generación.

En el siglo XX menudearon los terremotos y las epidemias mientras que la pobreza se multiplicó a parejas con la población. La gran depresión económica de los años 30 dañó a este país mucho más severamente que a ningún otro. En la segunda mitad del siglo se sucedieron los experimentos sociales y los trastornos políticos. Y podemos decir sin mucha exageración que los chilenos de hoy son los sobrevivientes, los resistentes, tras una larga historia de traumas y catástrofes.

La voluntad de resistencia del chileno no lo convierte en duro y dominador. Por el contrario, su resistencia obstinada es elástica y flexible, como la de los huiros agarrados a las rocas que el mar sacude o como los árboles autóctonos que se agachan y humillan en los temporales.

Las expresiones y valores contenidos en las palabras "cachar", "capear", "cachaña" y "chaqueteo" evocan este sentido chileno del resistir a toda costa, empezando por atisbar el peligro y terminando por buscarle la vuelta si no se le puede afrontar. Es claro que esta resistencia ha llegado a extremos sublimes de inmolación en el heroísmo del Combate Naval de Iquique y en el de La Concepción. Y hay cientos de otros hechos heroicos que también se cumplieron sin "cachañas" ni "chaqueteos". Pero es posible que se registre un número infinitamente mayor de gestos dictados por la pasiva resignación o producto de la astucia y el escamoteo que permitieron a lo menos durar obstinadamente, conseguir una sobrevivencia desesperada.

Y así hemos ido caminando.

La tendencia chilena a la disciplina, interrumpida a trechos pero luego reafirmada, es propia de individuos y comunidades como los nuestros, que encaran la amenaza y la resisten.

La disciplina, como expresión del ánimo de resistencia, provoca ejemplares sorprendentes. Es el caso del soldado chileno, el mismo de las guerras de Arauco, el mismo que combatió en los dos bandos de la guerra de la Independencia y el mismo que en todos los conflictos de la existencia republicana muestra su espíritu militar. El marino chileno que viene desafiando la mar gruesa en el océano y recorriendo traicioneros canales, desde siempre como pescador, desde el período indiano como mercante y desde hace siglos hasta ahora como combatiente, ilustra este espíritu de resistencia. Recordemos como otro ejemplar el del carabinero chileno, sobre todo el del retén aislado y lejano. Pongamos también el caso del sindicalista chileno, el del elector chileno, el del modesto contribuyente chileno, el buen pagador chileno que mejor paga mientras menos tiene. Y podrían añadirse el apego al legalismo en medio de la ferocidad de los conflictos y muchos otros rasgos que van en la dirección indicada, en la dirección de la disciplina acatada naturalmente como forma de resistir al contratiempo y de rehacerse.

Es frecuente oír decir que Chile celebra con más solemnidad las derrotas que las grandes victorias militares. Es que instintivamente valoramos la capacidad de resistir en Rancagua, de resistir hasta la muerte en Iquique y en Dolores. "El oficial que ha recibido orden de conservar su puesto a toda costa, lo hará", reza una ordenanza militar de guerra de nuestro Ejército.

La temprana aptitud para diseñar y respetar un orden institucional me parece vinculada a la voluntad colectiva de resistencia. Igualmente asocio a ese rasgo nacional la forma drástica y sangrienta de poner fin a los conflictos, como también la extraordinaria ductilidad para sortearlos cuando tienen salida posible.

Paradójicamente, esa capacidad de resistencia no ha sido obstáculo para que nosotros mismos dilapidemos los recursos y nos preparemos nuestras propias penas o catástrofes. Prejuicios ideológicos han mantenido improductivas grandes riquezas minerales. La codicia o la desidia pone en peligro los recursos renovables de la pradera, del bosque y de las aguas terrestres y fluviales, y hasta el mar cercano a nuestras poblaciones; el descuido y la incultura, además de los terremotos, destruyen la armonía y el sentido de las ciudades chilenas. El hombre sabe resistir, pero suele tener que enfrentarse

no sólo contra los elementos sino contra las consecuencias de sus propios actos u omisiones.

Me he concentrado en el rasgo nacional de la voluntad de resistencia, pues veo allí un clavo en que se cuelgan muchas cosas chilenas y además se me ocurre que es una nota diferenciadora, que se vincula con el clima, con la tierra, con el subsuelo, con el mar y con la ubicación geográfica del país, además de repetirse como actitud a lo largo de la historia.

En mi opinión, el espíritu de resistencia y sobrevivencia es y debería seguir siendo un elemento típico y permanente de la conducta chilena, que incluso vale la pena conservar y estimular. No se trata por cierto del instinto de conservación común a los seres vivos. ¡Es más que eso! Consiste en una aptitud para percibir la catástrofe, soportarla, sobrevivirla y, lo que es muy importante, rehacerse después de ella.

Detrás de este rasgo chileno está un hermoso sentido de la vida y de la muerte, y también están el afán de organización, el espíritu de disciplina y de libertad, la fidelidad a lo que se es. Y hasta me atrevería a sugerir que en este espíritu de resistencia radica la manera peculiar chilena de habérselas con el mundo, y aun el modo en que nos entregan su visión los grandes poetas chilenos.

Por su parte, la sociedad chilena es muy estratificada en grandes y pequeños grupos; en barrios y sectores santiaguinos del centro, de la periferia alta y de la periferia baja; en distinciones de categorías, de clan, o familia dentro de las clases sociales propiamente dichas; en acercamientos y distancias en los medios rurales, en los pueblos grandes y pequeños, en las capitales regionales; en la calificación de la dignidad de los empleos u oficios. Esa amplia desigualdad social con frecuencia depende más de tradiciones y convenciones que de la sola posesión del dinero.

Esa estratificación está, digamos, por debajo de los grandes desniveles en el ingreso de las personas, que es lo que aparece en las estadísticas y se palpa en la realidad, más crudamente fuera de Santiago que en la periferia de nuestra capital.

Nuestra clase dirigente —estratificada también en su interior, pero solidaria en su comportamiento básico— ha desempeñado un papel determinante, a mi entender, en el empeño por democratizar y modernizar el país. Ella empezó con los primeros encomenderos, siguió con los dueños de las haciendas y comercios indianos, atrajo a los jefes y oficiales que sobresalieron

en las guerras de la Independencia, acogió a inmigrantes europeos, se mezcló con las familias enriquecidas en las minas y en la banca, recibió a individuos distinguidos en las profesiones liberales o en la política, y se ha diversificado con otras inmigraciones, con las fortunas comerciales e industriales y con individuos que pertenecen a la tecnocracia moderna. La amistad, el banco de la universidad, el matrimonio, el partido o el negocio son las puertas que se abren a los que llegan. El resultado es una clase dirigente, no digamos abierta y sí desconocedora a veces de grandes valores, especialmente en el campo de la cultura superior, pero que ha sabido reunir a muchos individuos con aptitudes probadas para ejercer, mando, influencia, poder o simple atracción personal.

Este grupo dirigente hizo la Independencia, formó la República, fundó un sistema jurídico equilibrado que duró 60 años y cuyo perfil básico no se borra hasta ahora. En fin, este grupo refleja el sentido de resistencia flexible propio del chileno en su capacidad de adaptación a los cambios sociales y hasta en su aptitud de prevenirlos y adelantarlos. El grupo social dirigente luchó por la limitación de las facultades del Presidente y por la libertad electoral. Estudios modernos han comprobado que nuestra democracia política era más avanzada que los regímenes de algunas de las más civilizadas naciones europeas, durante el siglo xix y las primeras década del xx.

Cuando la crisis económica y los nuevos tiempos generaron graves tensiones sociales en este siglo, surgieron dirigentes para encauzar las mareas. Don Arturo Alessandri Palma, don Carlos Ibáñez del Campo y don Pedro Aguirre Cerda pertenecían a la clase dirigente, aunque fueron resistidos por los más conspicuos personeros de aquélla.

Las planificaciones globales, llamadas así por el historiador Mario Gónzaga, quebraron el consenso del grupo dirigente al hacer de la política una lucha economicosocial que perseguía cambios en las estructuras de la sociedad y fundamentalmente transferencias forzosas de bienes de producción y de tenencia del poder. Sin embargo, el grupo dirigente participó activamente en esos procesos, no sólo porque sus miembros aparecieron entre los fundadores del partido socialista sino porque aquellas ideologías totalizantes reconocían como a sus personeros más caracterizados a los ex jóvenes conservadores Manuel Garretón Walker y Eduardo Frei Montalva, en el caso de la Democracia Cristiana, y al doctor Salvador Allende Gossens y a Carlos Altamirano Orrego, en el caso de la Unidad Popular, para no designar sino algunos de entre los miles de relacionados con el estamento dirigente tradicional.

Debo recordar aquí la crisis más grave del consenso, producida cuanto la lucha politicosocial transformó a la Universidad no ya en un enfrentamiento de ideas y en una competencia por el saber, sino en una arena de combates por el poder. Durante la crisis universitaria de mediados de la década de los 60, se vivió el origen del profundo desgarramiento que sufrió el país con la pérdida del respeto a las personas, el desprecio a las ideas ajenas y el debilitamiento de los valores humanistas. Los elementos dirigentes perdieron entonces el rumbo y mucho les ha costado empezar a retomarlo.

Durante el gobierno militar el consenso de la clase dirigente se quiebra en zonas profundas y dolorosas. Pero ese mismo régimen contribuye a recuperar la unidad básica del país y allí vemos nuevamente el ánimo de resistencia. Una modernización y apertura de la economía pone al país a tono con el mundo actual. Las líneas de economía de mercado entonces trazadas se prolongan hasta hoy, y empalman con la reconciliación democrática y con la actual marcha hacia el consenso de la clase dirigente.

El país asiste ahora a las luchas políticas propiamente tales, es decir a una competencia por el poder a través de la oferta de posibles soluciones específicas a los problemas públicos.

Esta tendencia pragmática, amiga del consenso y contraria al enfrentamiento, parece predominar en el mundo de hoy, en que los conceptos de vanguardia, de revolución y de ideología se batan en retirada o adoptan formas difíciles de discernir por ahora.

La orientación de la economía y de la propia sociedad en estos años ha cambiado tanto en estos años que puede sostenerse que la voluntad de resistencia se ha desplegado en una decisión de crecimiento. Hoy los chilenos empiezan a imaginar, planear y fabricar por sí mismos, demuestran habilidad no sólo como avezados comerciantes sino también como creadores de empresas, e inventores de sistemas, fórmulas y productos. El sector más dinámico ha vencido la timidez y la rutina para desenvolverse en amplios mercados. Ese cambio de actitud, esa superación del complejo de inferioridad propio de quienes han vivido por generaciones encerrados en el país más alejado de todos los centros mundiales; ese abrir los ojos y endurecer la voluntad en otras luchas que el simple soportar los contratiempos naturales o políticos, es un capital incomparable. Es un haber precioso, pero frágil si las virtudes que contienen carecen de apoyo y aliento en la sociedad. El propio sistema de mercado no subsiste solo y requiere una política de la autoridad pública

para manejar las variables que permiten el crecimiento ordenado de una economía libre.

En anteriores generaciones, profesores, militares y diversos especialistas chilenos difundieron su saber en otros países del continente mientras algunos de nuestros escritores llegaban a tener alcance mundial. La irradiación chilena hacia el exterior habrá de intensificarse en el futuro, si queremos pertenecer de veras al mundo que toma forma en estos mismos días y ante nuestros ojos.

En la actualidad se exportan los resultados del éxito económico, mediante consultores y asesores profesionales que despiertan gran interés incluso en países lejanos. A eso hay que añadir que nunca en la historia nuestras producciones elaboradas exportables habían cubierto una zona más amplia del planeta.

Ahora bien, nuestro desarrollo mediante el intercambio internacional tendrá sentido para Chile, si la modernización expresa nuestra personalidad política, cultural e histórica. En otras palabras, no se busca ni se ha pretendido nunca convertir a nuestro país en un almacén de productos importados o en una plaza de transacciones que sólo enriquecerán a bolsillos extranjeros.

Son la pereza intelectual y las flaquezas del carácter —no la modernización ni la influencia exterior— los verdaderos enemigos de nuestro ser nacional.

El desarrollo del país tiene que traducirse en una política internacional actualizada y valiente y en bienes tales como la seguridad de las fronteras y de las personas; la limpieza del ambiente; la salvaguardia de aguas, tierras y bosques así como del modesto patrimonio monumental y, en fin, la afirmación permanente de la continuidad histórica chilena en todo el territorio continental e insular, y en sus territorios marítimo y aéreo.

En este período de mundialización de la vida internacional y de búsqueda de asociaciones o comunidades regionales, creo que Chile debe ir a todo eso sin aceptar nacionalidades híbridas o genéricas. El chileno será ciudadano del mundo, americano, latinoamericano e iberoamericano sólo en la medida en que hunda sus raíces en una continuidad cultural, en una tradición y en una memoria histórica vivas, en un paisaje que exprese su ser chileno, su individualidad propia. Y la mejor contribución de Chile al concierto iberoamericano, continental o mundial será el aporte de lo que viene de su cepa genuina, de su modo peculiar, de su perspectiva.

Contra los desniveles sociales, la voluntad de resistencia opone la propensión a integrar socialmente a los chilenos, propensión que se registra en casi todos los proyectos políticos de este siglo. Tal integridad social es de la esencia de una sociedad moderna. Los esfuerzos por nivelar y por redistribuir han sido hasta ahora insuficientes o contraproducentes. Me imagino que la integración efectiva debería empezar por una articulación de las autonomías regionales relativas que refuerce la unidad nacional. La otra cara de la integración social tendría que ver con el levantamiento de la calidad y armonía del medio urbano, y con la fundación de nuevas ciudades. La educación, incrementada enormemente en cantidad y variedad hoy en día, y esperamos que mañana en calidad, ha de ser un factor decisivo de la integración social sin que ello implique nivelación igualitaria de la docencia o del saber. Pero, en todo caso, no habrá integración posible sin un clima de libertad y de competencia, capaz de despertar y movilizar los talentos y los líderes en todo el cuerpo social. Si la integración es uno de los componentes de la modernidad, lo aconsejable es abandonar las políticas redistributivas caducas y buscar el verdadero camino a través de una economía moderna.

Ahora, ni el afán de integración social, ni la democracia, ni el desarrollo ni la modernización ni la defensa de nuestra individualidad histórica son valores que puedan subsistir sin cuidado. Si la naturaleza se nos ha revelado tan frágil, precedera y contaminable, como lo evidencia la alarma ecológica actual, cuanto más frágiles pueden ser esas criaturas del hombre con las cuales debemos pasar el umbral del siglo XXI. Creo que hay que llegar al siglo próximo con esperanza pero con ánimo vigilante, con empleo de suma diligencia en la guarda de nuestros valores humanos y chilenos.

Menciono un segundo rasgo que también me parece permanente del pueblo chileno.

Además de resistente, el chileno es peregrino. Andariego impenitente, se le encuentra en todas partes del mundo. Dentro del país, nuestra gente se desplaza por necesidad o por nomadismo de un empleo a otro, de una vivienda a otra, de una localidad a otra.

Este espíritu peregrino implica un desapego, un desprendimiento de los bienes materiales, que se traduce en hospitalidad ilimitada y también en derroche y vagancia. Si el peregrinar es de la esencia de la condición humana sobre la tierra, uno diría que la más genuina humanidad del chileno brota de su afición a las andanzas y peregrinajes.

El buen chileno ama su libertad, pero intuye que esa libertad tiene sus

límites, sabe que ella no puede ejercitarse en terrenos vedados, la encuentra enmarcada en normas, prohibiciones y tabúes.

El chileno ama y posee una libertad de peregrino. Y son incontables en Chile los lugares de peregrinación religiosa: La Virgen de la Tirana, la Virgen de Lo Vásquez, el San Sebastián de Yumbel, las procesiones de San Pedro que protagonizan en lanchas los pescadores, y otros más que se me escapan, son festividades que reúnen multitudes populares.

Yo espero que esta vocación de peregrinaje y desprendimiento vaya perfeccionándose en el logro de una libertad madura para la cual no rijan tabúes sino principios, y en que las peregrinaciones, hospitalidades y generosidades del chileno revelen a éste el sentido espiritual profundo que ocultan, por encima de rituales más o menos mágicos, temores o supersticiones. Pudiera ser que este rasgo ligue al chileno a su plena vocación de hombre con sentido trascendente. Mientras haya en el país mucha gente capaz de pronunciar una verdadera plegaria, como la de miles de nuestros peregrinos, el ser humano en Chile tendrá su razón de ser y podrá emplear su afán de resistencia en un desarrollo de veras original y vigoroso.

Ojalá el chileno vea acercarse el siglo XXI, aferrado a sus valores básicos: la tierra, desde luego, con sus amplios espacios marítimos, sus libertades históricas; su voluntad de resistencia canalizada en voluntad de desarrollo y su vocación de peregrino. En otras palabras, firme en su patrimonio secular y en su cepa básica.

Además me gustaría que Chile conservara algunas de sus conquistas recién logradas: tales como el patrimonio del consenso legítimo sobre el enfrentamiento; el afianzamiento de la libertad individual; el espíritu de iniciativa y de riesgo personal; el esfuerzo individual por satisfacer ambiciones legítimas de progreso; la solidaridad indispensable de todos y la conciencia de que nada se nos dará gratuitamente.

Bueno. En cuanto a lo pasajero, todo lo de esta tierra es pasajero. De ahí que el inventario sería interminable. Quisiera, sin embargo, detenerme en un solo punto, en un temor o reserva personal.

Estamos descansando con satisfacción del dramatismo que caracterizó a nuestra política durante más de medio siglo. La presente Administración y el juego de los partidos de gobierno y oposición carecen de tensiones y apasionamientos mortales. Cualquiera diría que estamos en un país moderno,

en que el ejercicio y las alternativas del poder no envuelven riesgos para el sistema, para un consenso fundamental asegura la estabilidad de éste.

¿Es la descrita una situación durable?

Me parece que no. Veo que el dramatismo ha dejado la política para descender a los bajos fondos, al raterismo profuso, al bandolerismo más o menos organizado y rentable, al asalto y al asesinato, al terrorismo que hasta selecciona víctimas ilustres, al fantasma de la droga y al invencible alcoholismo chileno.

Detrás hay otro escenario aún más dramático. El de nuestras multitudes juveniles abandonadas, desapegadas, desarraigadas, desorientadas, estimuladas al desenfreno sexual, al alcohol, a la droga, al robo y a la cuchillada o al balazo.

Y el panorama es todavía más grave en la gran escenografía de la pobreza, de los millones de pobres, traídos y llevados por el debate electoral, pero, a fin de cuentas, existentes y persistentes, si no crecientes.

¿Abandonará este drama los bajos fondos para asomarse a la política? ¿Podrá mantenerse civilizada, moderna y consensual nuestra vida pública, si este cuadro amenazante persevera o se agrava?

Hay aquí banderas de sobra para la agitación social antisistema. Hay naturalmente un campo de acción dentro del propio sistema, por la vía de un crecimiento económico sano que absorba a los desempleados; por la vía de políticas policiales, judiciales y penitenciarias que prevengan o sancionen el delito y rehabiliten al delincuente; por la vía de políticas de influencia psicológica o moral que intenten reorientar a los descarriados.

En todo caso, si la sociedad no logra atenuar estos males y superar al menos sus etapas más agudas y virulentas, es de temer que los toques de modernidad y estabilidad que enorgullecen a la actual generación política se borren con la fuerza de nuevas tensiones y pasiones extremistas. Las vanguardias ideológicas pueden estar fuera de moda y los socialismos reales evidencian su fracaso, pero la desesperación está siempre de actualidad, aunque a menudo en estado latente.

Con frecuencia se oyen exhortaciones morales destinadas a la juventud y a los desorientados. Mucho me temo que tales prédicas no basten para inspirar confianza y para conducir a los descarriados.

Recuerdo que un personaje de Dostoiewski dice que el socialismo en la Rusia de su tiempo es la cuestión del ateísmo.

Tengo presente además que en Iberoamérica la evangelización expiró hace años. Esto tiene trascendencia porque el cristianismo es, lo queramos o no, un ingrediente básico de la historia occidental. Hoy se puede ser cristiano, anticristiano o postcristiano, pero no precristiano. La evangelización de los pueblos ha sido la gran corriente con la cual llegaron no sólo el cristianismo eclesial sino aquellas ideas cristianas que, según Chesterton, se volvieron locas. En efecto, el Renacimiento no logró resucitar los antiguos dioses; la Reforma; la Ilustración; el Romanticismo; el Liberalismo; el jusnaturalismo, los derechos humanos y la democracia, y hasta el socialismo, para no mencionar sino esas ideas, fueron posibles por la evangelización. Una mentalidad precristiana, es decir nacida y operando sin referencias al cristianismo, ni negativa ni positivamente, no puede ser una mentalidad moderna. Será una mentalidad pagana, una mentalidad antigua, pero, como los viejos dioses murieron en los comienzos de nuestra era, esa mente se asemejará a la de un amnésico absoluto.

Pues bien, la juventud desorientada y desalmada (desalmada, en sentido literal estricto) que toma el camino de la delincuencia y de la droga suele formar las filas de estas masas precristianas del mundo de hoy, de los que sufren de la falta de evangelización y, por tanto, de una enorme dificultad para modernizarse.

Diremos entonces que el problema de esas muchedumbres desesperadas es nuevamente, como el socialismo ruso en tiempos de Dostoiewski, la cuestión del ateísmo. En efecto, carentes de la posibilidad de una instancia espiritual cualquiera, viven un ateísmo pragmático. No leen a Feuerbach o a Bakunin ni a nadie. Ni siquiera saben que Nietzsche declaró la muerte de Dios. Habitan un mundo cerrado en que nada les permite entrever la salvación. Precristianos y premodernos, es decir bárbaros, son un peligro para el camino chileno de civilización y modernidad.

A este respecto se hablará de estudiar soluciones y medidas; pero, si el problema real y hondo de esa gente es la cuestión del ateísmo, la solución estará en manos de los psicólogos, de los moralistas o de los políticos, sólo parcialmente. Es probable entonces que se necesiten peregrinos chilenos capaces de reanudar y renovar la extinguida evangelización de nuestros pueblos.

Sugiero que la integración social, la modernización y el desarrollo deben pasar por la evangelización. La voluntad de resistencia hecha fuerza de cre-

cimiento y la vocación de peregrino que debiera afirmar el espíritu, tendrían que darse la mano.

Tal vez así podrán echarse las bases de una sociedad estable, civilizada y moderna en este último confín del mundo.